

**Anne Givaudan
Daniel Meurois**

El otro rostro de Jesús
según recuerda un Esenio



Ediciones
Luciérnaga



No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Título original: *De Mémoire d'Essénien – L'autre visage de Jésus*

- © Éditions Amrita, 1984
- © Éditions Le Perséa, 2000
- © de la traducción: Berta Sanz Cuñat
- © de las fotografías de cubierta: Shutterstock

Diseño de cubierta: Adrià Moratalla Castro

Primera edición: diciembre de 2000
Primera edición en esta presentación: junio de 2015

© de esta edición: Grup Editorial 62, S.L.U., 2015
Ediciones Luciérnaga
Pedro i Pons, 9-11, 11.ª pta.
08034 Barcelona
www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-15864-63-9
Depósito legal: B. 7.513-2015

Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.



Índice

Introducción	9
--------------------	---

LIBRO I

1. Zérah	15
2. El Purim	23
3. La partida	31
4. El Krmel	43
5. La palabra de ayer y de mañana	53
6. El aura	67
7. La voz dulce	87
8. En torno al anciano Jacob	96
9. El laberinto	108
10. Jerusalén	126
11. Las piedras alzadas	138
12. Entre los Celotas	158
13. La nube de paz	167
14. En el país de la Tierra Roja	175
15. A los pies del Vigilante silencioso	188

LIBRO II

1. Bautismos	199
2. Los diecisiete años	210
3. ¿Dónde están vuestras verdaderas armas?	220
4. Alimentos y tabernáculos	233

5. El árbol de las siete raíces	242
6. En la ruta de Jericó	251
7. Los ciento veinte	264
8. Bajo el Sol de Magdala	274
9. La vía de la transmutación	285
10. Le construían un trono de piedra	295
11. La noche de Getsemaní	304
12. Los Hermanos de Heliópolis	316
13. El Gólgota	330
14. El Misterio	346
15. Reencuentros	355

LIBRO III

1. Los veintidós	367
2. Hacia el oro del tiempo, Myriam	374
3. Los jardines de Iesse	385
Interpretación de los colores del aura	393

1. Zérah

Acababa de cumplir cuatro años. Vivía con mis padres en una pequeña aldea de Galilea situada al nordeste de Jappa, a dos días de camino. Jappa era la gran ciudad, ¡toda una aventura! De pie en la pequeña tapia del jardín que rodeaba nuestra modesta vivienda contemplaba muy a menudo la larga fila de caravanas de camellos que se dirigían hacia allí a paso indolente.

Era una de mis distracciones favoritas; disfrutaba imaginándome a los mercaderes empezando a desembalar en la plaza de la ciudad el misterioso contenido de los enormes serones colgados en los flancos de sus monturas. No había presenciado ese espectáculo más que una vez, pero había marcado profundamente mi imaginación y mi mente infantil.

La vida extraña de las callejuelas aplastadas por el calor, los tenderetes de los artesanos y comerciantes, los olores de las especias, los gritos del ganado y la agitación del puerto, todo eso contrastaba de tal modo con la existencia tranquila y perfectamente regulada de nuestra aldea...

Mi padre era alfarero y raras eran las ocasiones en las que iba a Jappa. Había que suplicárselo. Prefería el ritmo punzante de su torno al vocerío de los mercaderes.

Inconscientemente yo se lo reprochaba un poco. ¿No había otras cosas que hacer en Jappa, aparte de comprar grano una vez al año? Mi madre intentaba a veces hacerme entrar en razón respecto a eso. También ella se había acostumbrado perfectamente a la vida dura y sencilla del campo. Además, ella siempre había vivido allí, como todos los de la aldea, la aldea de los Hermanos, como la llamaban los de Jappa.

¿Hermanos de qué? Lo ignoraba, pero mi padre y los que ocupaban las viviendas vecinas me decían a menudo que nosotros éramos todos hermanos y que debía tener un gran respeto por ese nombre. En cualquier caso, mis preguntas no iban mucho más allá; excepto en los momentos de inquieta curiosidad propia de las mentes infantiles que empiezan a despertar, yo encontraba una cálida seguridad en el seno de nuestra pequeña comunidad.

¿Cuántos éramos exactamente en aquel conjunto de construcciones de adobe y piedra encaramado en la ladera de una colina? Ciento cincuenta, quizá; doscientos, todo lo más.

Nuestra aldea estaba rodeada de lo que me parecía entonces una verdadera muralla y que no era de hecho más que una pequeña tapia de piedras grises. Apenas superaba en algunos lugares el metro de altura.

Mi padre me repetía siempre, como para estar seguro de que sus palabras se grababan en mí, que se trataba del «recinto sagrado», y que todo lo que penetraba a su sombra y moraba en él estaba protegido y era bendito para nosotros.

Todas las casas de nuestra aldea estaban rodeadas de algunos arpendes¹ de tierra que bastaban para las necesidades de la vida cotidiana. Pero abajo, a ambos lados del camino de Jappa, todos cultivábamos campos más amplios. Por lo que recuerdo, los trabajábamos de común acuerdo. A nadie se le ocurría decir: «Mi tierra es ésta, la tuya es aquella.» Todos decían: «He aquí nuestra tierra.»

Las discordias eran poco frecuentes pues cada cosecha se repartía enseguida equitativamente. Resultaba de ello una gran paz, y por eso, desde los primeros años de mi vida, amé mi aldea y a los Hermanos. Me parecía que había una ley para nosotros que los demás, los mercaderes y los de la ciudad, no seguían. Era una sensación confusa que no conseguía explicarme.

Cuando bajaba con mi madre por el estrecho sendero que discurría entre matorrales y abandonábamos la aldea para llenar los cántaros de agua, varios centenares de metros más abajo, nuestra vivienda y la de los demás desaparecían a mis ojos. Sólo

1. Antigua medida agraria francesa, de 20 a 50 áreas. (*N. de la T.*)

se podían adivinar algunas formas cúbicas grises y ocres detrás de los robles verdes y de los granados.

En el centro de la aldea había fluido antaño una fuente, pero la Naturaleza parecía haber cambiado de opinión, y teníamos que salir varias veces al día de nuestro recinto sagrado. Acompañar a mi madre era una especie de juego; según las estaciones, aprovechaba para deambular por la viña o bajo las higueras.

Más abajo, cerca del ancho camino, amplias franjas azules se entremezclaban con otras doradas. Eran los campos de lino y de trigo. Yo lanzaba con frecuencia gujarros en aquella dirección, como para probarme a mí mismo la fuerza que tenía y para expresar mi deseo de ir más tarde a sembrar y a segar allí.

De esa forma, la pesada tarea de ir por agua se transformaba en juego. No sospechaba todavía que, algunos años más tarde, el cántaro pasaría de la cabeza de mi madre a mis hombros, pues mi padre necesitaba mucha agua para su trabajo y en la aldea teníamos pocos asnos. Mirar a mi padre mientras creaba unas formas con un poco de tierra y mucha habilidad constituía también un juego, pero un juego que me intrigaba. Veía una especie de magia en el movimiento rutinario de sus pies y de sus manos. A través de su sonrisa y de la viveza de su mirada, ya entonces me daba cuenta de que ponía todo su honor en perfeccionar la menor de las piezas que tomaba vida entre sus manos. Los objetos que creaba eran sencillos, nobles y de uso corriente: las escudillas en las que comíamos, los cántaros en los que se dejaba fermentar el zumo de la viña, y otras mil cosas.

Su trabajo era suficiente para nuestra pequeña comunidad, y a veces algún mercader hacía alto en nuestra casa para comprarle tazones y cántaros. Si a algún Hermano de la aldea le hacía falta un utensilio, en seguida se lo daba; a cambio, éste iba a cuidar su viña o realizaba algún trabajo de albañilería o de carpintería. De modo que había un continuo intercambio de gestos amables, y todos se sentían bien allí. Mis padres me enseñaron ya en aquella época que ésa era nuestra norma de conducta y que constituía una parte de nuestra fuerza, lo que contribuyó a despertar en mí el vago pero intenso sentimiento de que nosotros éramos *diferentes*.

Al corretear con los niños de mi edad por los senderos pol-

vorientos que formaban las callejuelas de la aldea, mis ojos tropezaron a menudo con algunos grupos de hombres y mujeres con aspecto grave y mirada extrañamente profunda. No todos los rostros me resultaban familiares, y pronto comprendí que nuestra comunidad servía, en cierta forma, de «albergue» y acogía a Hermanos que venían de otros lugares después de haber viajado mucho.

Su llegada a nuestro pequeño territorio me divertía y me intrigaba siempre. Había como un rito, una grata costumbre que nunca quería perderme. En cuanto el recién llegado, con la frente quemada por el Sol y la espalda encorvada por los caminos pedregosos, había franqueado nuestro recinto, un tropel de niños, entre los que me encontraba, corría hacia él. Siempre se encontraban por allí una o dos mujeres que nos dispersaban y conducían al desconocido a un pequeño patio a la sombra de un muro de adobe o de una viña virgen.

Allí, sin pronunciar palabra, le quitaban las sandalias y, con un lienzo, le lavaban los pies y le ofrecían algún fruto. Esa manera de proceder no estaba reservada únicamente a las mujeres de nuestra aldea, con frecuencia vi a algunos hombres actuar de la misma forma. Ninguna tarea estaba considerada como subalterna o reservada a unos o a otras, lo comprendí muy pronto.

Después de haber descansado, el huésped solía sentir necesidad de tumbarse en el suelo, boca abajo, con los brazos en cruz. Parecía besar varias veces el suelo; después se levantaba y, mientras lo acompañaban y le cubrían la cabeza con un amplio lienzo blanco, penetraba en la vivienda que lo acogía. Rara vez se permitía que los niños asistieran a las conversaciones que seguían a la llegada de un extranjero a la aldea. No nos lo habían formulado como una prohibición, sino más bien como una norma, un hecho establecido que no se discutía y que tenía su razón de ser.

Pero un fruto prohibido se saborea siempre con placer y recuerdo haber conseguido deslizarme a la sombra de una puerta tras uno de aquellos eternos viajeros que cruzaban nuestro umbral.

Vi que mi padre hincaba una rodilla ante él, y que después cruzaba los brazos sobre el pecho, el derecho por encima del izquierdo. Entonces inclinó la cabeza y el desconocido posó la mano en su coronilla durante mucho rato.

El espectáculo me sorprendió de tal forma que me escapé en el acto, llamando la atención de dos hombres con mi torpeza. Aquella misma tarde, mi padre vino a buscarme a la pequeña tapia que servía de refugio a mis fantasías infantiles. Soplaban una brisa fresca a través de las higueras y hacía temblar el escaso resplandor de algunas lámparas de aceite dispersas aquí y allá. Le obedecí sin entusiasmo; no quería hablar a mi padre porque me parecía confusamente haberlo visto en situación de inferioridad.

Cuando llegamos a casa, me alzó sobre un enorme baúl de madera y me miró directamente a los ojos:

–Simón, responde a mi pregunta. ¿Quién crees tú que es más importante, el amo o el sirviente?

Yo no comprendía lo que intentaba decirme.

–Los dos –continuó, pronunciando con énfasis cada sílaba–. Los dos, pues son como las dos manos de un cuerpo, los dos ojos de un mismo rostro. Son el viento y la vela, la espada y el escudo. Uno es sólo la mitad de sí mismo si el otro no existe.

Yo seguía sin comprenderlo muy bien, y debió de notarlo, porque me apretó contra sí; después, con voz más cálida continuó:

–Simón, ahora tienes que aprender nuestra forma de vivir. Mañana te llevaré a ver a Zérah, el que tiene una larga barba y vive cerca del antiguo pozo. Te contará muchas cosas que te sorprenderán.

Por encima del hombro de mi padre vi a mi madre que me miraba. Estaba en cuclillas sobre una pequeña estera, en la penumbra, y preparaba maquinalmente la comida del día siguiente: unas tortitas y algunas aceitunas.

Así que iba a pasar algo; mi insignificante vida, que parecía querer transcurrir de forma monótona entre el deseo de sembrar lino y el de correr tras las caravanas de Jappa, podía verse conmocionada. Tuve entonces la fugaz sensación de que no había comprendido nada de lo que había visto hasta entonces, o de que me lo habían ocultado todo, que me habían tomado por un niño cuando yo tenía derecho a saber...

Al día siguiente, el zumbido apremiante y punzante de las primeras abejas me sacó del sueño. Mi madre ya había ido a llenar los cántaros en la parte de abajo del sendero y se lavaba en el

patio, mientras el chirrido del torno daba cuenta de la labor de su esposo.

Mi impaciencia precipitó los acontecimientos y, momentos después, saltaba y corría entre los matorrales y los olivos para llegar hasta la «casa del antiguo pozo».

Zérah era un anciano de larga barba gris, ligeramente chamuscada por aquí y por allá por el Sol y los años. Había reparado en él a menudo mientras jugaba, y sabía que muchos le testimoniaban respeto y cierta admiración.

Era uno de esos viejos personajes de rostro apergaminado, hendido con largos surcos, de mirada a la vez dulce y penetrante, de palabras a veces enigmáticas, a veces diáfanas, uno de esos venerables cuyo retrato divulgaban con frecuencia los mercaderes a través de sus historias.

–La paz sea contigo, José –le dijo a mi padre, que me empujó ante él–. Sabía que no tardarías en traérmelo.

Con una larga túnica de lino que había perdido algo de su blancura, Zérah estaba de pie en el umbral de su puerta y tendía los brazos hacia mí. Me tomó de la mano, y me sentí de tal modo subyugado por su gran puño calloso que ni siquiera me di cuenta de que mi padre no nos seguía hacia la sombra fresca de la morada.

La vivienda del anciano me pareció todavía más pobre que la nuestra que, sin embargo, sólo estaba provista de lo mínimo. En la única pieza, a la luz cálida y polvorienta de una minúscula ventana, no vi más que dos o tres esteras y algunos utensilios colocados sobre la tierra batida.

Zérah me indicó serenamente con un gesto que me sentara, y él, con las piernas dobladas bajo su cuerpo, se situó ante mí. En la penumbra, sobre una pared del fondo, mi mirada apenas tuvo tiempo de detenerse en una especie de estrella de ocho puntas todas iguales. No me sorprendió, nosotros poseíamos una igual.

–Simón, ya tienes edad de saber qué haces aquí y quiénes somos nosotros. Escúchame bien. ¿Te has fijado en nuestras ropas?

–Sí –dije enseguida–. Nuestras ropas son blancas, no son como las que llevan los de la ciudad; también pican en la piel, pero mi padre dice que está bien así y que se me pasará.

Con una ligera sonrisa el anciano continuó:

–El problema no es que pique, Simón, sino que son diferentes a las de los demás. Las de los hombres y mujeres que siguen la ley de la ciudad y las de los soldados son azules, amarillas, rojas, de todos los colores. Está muy bien que te hayas dado cuenta. Pero, ¿sabes por qué? Es porque los hombres de Jappa no hablan la misma lengua que nosotros, no hablan la lengua dulce...

–¡Pero yo los entiendo! –repliqué impetuosamente.

–Entiendes sus palabras, pero pronto sabrás que no entiendes su corazón y que te costará llegar a ellos. Eso es lo que te resultará difícil, porque, aunque tú desees escuchar los latidos de su vida, ellos no querrán escuchar los tuyos. Pero no has venido para oír palabras amargas, Simón, sino para aprender a mirar y a pensar.

»Hace mucho tiempo que has comprendido que nosotros no vivimos como los de las ciudades ni como los mercaderes de los camellos; ahora tienes que saber la razón... Imagínate un inmenso campo de lino que comparten los miembros de una misma familia. Cada uno de ellos se casa y tiene muchos hijos. Están los de José, los de Saúl, los de Jacob y otros muchos. Llegan a ser tantos que acaban por no reconocerse y luchan entre sí. Algunos pierden su trocito de tierra y, para sobrevivir, tienen que pedir asilo a los demás, que apenas los mantienen.

»Mira, la Tierra entera es como ese campo de lino, y nosotros, los que vivimos aquí y en otras pocas aldeas, somos como los supervivientes de una antigua guerra en la que perdimos los bienes materiales que nos había dado nuestro padre. Estamos en el exilio, en casa de unos parientes que han olvidado nuestro origen común. Somos los supervivientes de una época en la que el Sol no mostraba tanto su rostro como hoy en día; sin embargo, sus rayos calentaban más los corazones. Somos también una espina en el talón de un gigante. No me mires con esos ojos, pronto te darás cuenta.

Zérah se interrumpió durante algunos segundos; después, viendo sin duda mi perplejidad, y mientras me hacía sentir sobre los hombros el peso de sus grandes manos, continuó:

–Debes saber, Simón, que nosotros no somos de los de Abraham y de Jacob. Nuestros padres se mataron entre sí hace ya muchas lunas..., muchas más de las que puedes imaginar.

»Fíjate en esa estrella que está detrás de mí, es uno de los

símbolos de nuestro pueblo. La encontrarás en esta tierra en casa de todos los que hablan poniendo la mano sobre el corazón. Es un signo, y debes conocerlo. Hay otros muchos que aprenderás más adelante.

»En este país viven muchos pueblos; no digo que el nuestro sea el mejor, pero nuestro Padre en espíritu nos dio una palabra y nosotros la hemos conservado siempre sin suprimir ni añadir un ápice. Para su gloria y la de todos tus hermanos, tendrás que saber escucharla y repetirla. Entonces, como todos nosotros en esta aldea, tendrás derecho a llevar la larga túnica blanca, y hablarás la lengua dulce... y a través de ella sanarás.

—¿Yo sanaré?

—Sí, tú sanarás, como muchos de los nuestros que han prometido hacerlo. Pero tú no cuidarás solamente los cuerpos que sufren, querrás sanar las almas...

—¿Las almas? ¿Qué es un alma?

—Simón, el alma es..., es esa gran fuerza que habita en ti y que te permite decir todas las mañanas algo así como: «Soy yo, y me llamo Simón.» Es esa llama que sale de ti todas las noches y se va a caminar por un país del que trae los sueños... y otras cosas. Es el país en el que no existen las fronteras y donde...

—¡Yo no he visto nunca esa llama!

—Aprenderás a verla, te lo aseguro; podrás incluso tocarla.

Yo apenas comprendía lo que me decía la voz cálida y aterciopelada de Zérah, pero tuve confusamente la sensación de que abría ante mí puertas y más puertas... Fue un poco como si removiera unas cenizas y reanimara la llamita olvidada cuyo nombre acababa de pronunciar.

—Pero, Zérah, ¿cómo puede estar enferma una llama? —pregunté abriendo mucho los ojos.

—Se pone enferma cuando se aleja demasiado del fuego que la hizo nacer. Recuerda bien esto, Simón. Entonces quema todo lo que toca en lugar de calentarlo. Es sencillo; somos nosotros quienes lo complicamos todo.

El anciano me tomó entonces la muñeca izquierda y, con gestos suaves y de infinita precisión, anudó en ella un cordoncillo negro, signo del legado que me confiaba y del edificio del que acababa de tallar la primera piedra.